



## **Homilía en la Eucaristía en recuerdo de D. Rafael Bellido, Obispo**

*Santa Iglesia Catedral, Sábado 15 de diciembre de 2012*

*Queridos: .... hermanos/as todos en el Señor:*

La Providencia divina ha querido que esta Santa Iglesia Catedral sea el lugar definitivo de reposo, en espera de la resurrección de los muertos, del que fue el primer obispo de nuestra diócesis: D. Rafael Bellido Caro. De esta forma se establece una perenne unión con la antigua Colegial y actual catedral, señal sacramental del misterio de la Iglesia que él inauguró y se hace memoria del obispo que inició la andadura de nuestra diócesis.

El momento en que se ha realizado ha sido particularmente propicio para llevar a cabo este acontecimiento. En primer lugar el día de la Inmaculada advocación que él proclamó como Patrona de la diócesis y sobre todo en el año que celebramos el 50 aniversario del Concilio Vaticano II, al que le debemos el haber incorporado a la liturgia la lengua vernácula y facilitado la inculturación en la misma que hizo posible poder vivirla con músicas propias de cada lugar. Es en recuerdo del Vaticano II y de la actividad desempeñada por D. Rafael al frente de la pastoral gitana de la Conferencia Episcopal Española el motivo de celebrar esta Eucaristía acompañados por la música flamenca del grupo Marisma.

Es bien conocido el “currículum” de D. Rafael, por lo tanto, no hace falta que me extienda en ello, pero sí quiero recordar algunos rasgos de su persona y de su ministerio que han salido al descubierto en estos días en los actos que se han organizado recordando su figura. Su amor a María auxiliadora que aprendió en el colegio salesiano en el que realizó sus primeros años de formación humana y cristiana en su querida ciudad natal de Arcos de la Frontera. Amor a María que tiene mucho que ver también con su amor a su madre Doña Juana, o más bien D<sup>a</sup>. Juanita, como era conocida por los más cercanos. Destacar también su piedad profunda que le llevaba a una oración asidua ante el sagrario; su bondad evidente y su generosidad activa; rasgo éste que quizás fuera el más sobresaliente, sobre todo a los ojos de sus feligreses diocesanos, especialmente de Jerez. Su sencillez y celo pastoral lo puso de manifiesto, además de toda su trayectoria, en sus últimos años en Castilleja de la Cuesta donde no dejó de desempeñar su ministerio confesando y sobre todo visitando enfermos.

Su ministerio episcopal fue rico y durante su episcopado realizó una amplia y difícil labor pastoral dado que en el postconcilio las opiniones, sobre todo en materia pastoral, estuvieron muy encontradas. Con su frase “dejadme ser obispo a mi manera” reivindicaba, según mi parecer, ejercer su ministerio siguiendo las directrices del Vaticano II, que llamaba a acentuar la iglesia como Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo en la que todos estamos llamados por nuestro bautismo a la santidad.

Y es precisamente del misterio de la Iglesia de lo que nos habla hoy el Evangelio. Cuando preguntan a Juan el Bautista si él es el que tenía que venir, afirma no ser el Mesías y se reconoce no ser digno ni siquiera de desatar sus sandalias. Es decir, Jesús es anunciado como el Esposo, y el que proclama la inminencia de su venida forma parte de su cortejo. En la boda el amigo del Novio prepara a la Esposa sin confundirse con él. Jesucristo es el Esposo, Juan es el amigo y el precursor de su misión, y la Iglesia Esposa aún debe ser convocada. Por

tanto, para que los hijos de la Iglesia, y los que están llamados a serlo, puedan acoger con amor esponsal al Salvador, es necesario que la voz de Juan el Bautista no caiga en el vacío

*“Entonces, ¿qué debemos hacer?”* El evangelista da cuenta de las preguntas de tres colectivos, tres grupos de personas distintos al Bautista. Para cada uno hay una respuesta: el que tenga más, que comparta con quien tiene menos; el que administra los bienes públicos, que actúe con justicia; el que custodia la seguridad del pueblo, que no haga extorsión ni caiga en la codicia. La venida del Salvador ha de ser preparada en las tareas cotidianas, liberando el corazón de egoísmos, actuando con rectitud y desinteresadamente. **También para nosotros aparecen respuestas a nuestra vida**

--**¿Qué podemos ofrecer en el trabajo?** El testimonio de nuestra pertenencia a la Iglesia

--**¿Qué pueden ofrecer los padres a sus hijos?** El ejemplo de una vida cristiana que es cuidada con la oración, con la bendición de la mesa, con la participación en la eucaristía

--**¿Qué ofrecer los sacerdotes a los que nos observan y servimos?** Una vida sacerdotal entregada, entusiasta, convencida y sin componendas

--**¿Qué podemos ofrecer, los que todos los domingos escuchamos la Palabra del Señor?** Un compromiso más activo a favor de las causas de los más pobres; una generosidad que nunca se canse ni exija condiciones; una coherencia general que denote que vivimos y seguimos a ese Alguien que es Jesús de Nazaret.

Por último el lema adoptado por D. Rafael para su labor episcopal, “servir a Dios con alegría” nos viene dado oportunamente para este Domingo de Gaudete en el que hemos comenzado la liturgia escuchando *“Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo: el Señor ha cancelado tu deuda”*. En este domingo llamado tradicionalmente así, “de la alegría”, el domingo “gaudete”, donde resuena con fuerza esa invitación a alegrarnos, porque ya está a las puertas el Señor mismo, el que vendrá a liberarnos de todo aquello que nos oprime y esclaviza

De hecho, en su primera venida, en carne mortal a la tierra, Jesús no vino a condenarnos, sino a redimirnos y a salvarnos; y su misión sigue viva y actual por medio del Espíritu Santo y a través de la Iglesia hasta que Él vuelva de nuevo a consumir su Reino. Esta certeza es la que nos llena de alegría, porque no se basa en la eficacia de nuestros méritos, sino en el amor generoso y gratuito de Dios.

Las palabras del profeta Sofonías que hemos escuchado en la primera lectura, son muy claras y consoladoras: *“el Señor se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta”*. El amor de Dios es más fuerte que nuestras debilidades y pecados; el amor de Dios salva a todos los que, con humildad, se acogen a Él.

Por tanto, entremos en la alegría de esta eucaristía en la que se hace presente el Señor viniendo con fuerza a nuestra vida y al mismo tiempo, alegrémonos en el recuerdo de D. Rafael, que hizo de la Eucaristía sacramento permanente de su entrega a esta Iglesia de Asidonia-Jerez, que hoy ha querido honrar su memoria de esta forma tan sincera y elocuente.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez